

prohíben toda participación en la industria, en el comercio y hasta en el arte. Augusto Comte concede al hombre la dirección completa de la mujer, con el pretexto de que es más enérgico que ella. ¡Cuán falsa afirmación! A cada paso se ven mujeres teniendo que ocultar su energía para que el marido no se abochorne de la que le falta. Indudablemente el célebre socialista, se ha olvidado de muchos hechos históricos que nos presentan á la mujer enseñando al hombre á darse la muerte, antes que sucumbir al enemigo.

Según las teorías de Augusto Comte, la mujer es un sér subalterno ante la ciencia, subalterno en la vida social y subalterno en la familia, pues en el hogar entrega el mando al hombre, sentenciando á la mujer á ciega obediencia. ¿Qué esfera de acción concede á ésta? Ninguna: al decir que la mujer es un elemento de influencia moral y condenarla á la pasividad absoluta, contradice su teoría. ¿Cómo ha de hacer sentir la mujer la influencia moral que le

otorga, si vive ajena al mundo exterior y desconoce la marcha del progreso y los deberes que la sociabilidad impone al individuo? ¿Cómo la ha de hacer sentir careciendo de iniciativa?

Augusto Comte se equivoca: el hombre debe tomar la dirección en los asuntos políticos y en los negocios; pero sin que la mujer sea extraña á ellos.

Después de prohibirle á nuestro sexo la acción y todos los medios para que pueda bastarse á sí mismo, debió comprender Augusto Comte que su teoría era inhumana, pues con tal plan la mujer quedaba sujeta á la miseria, ya que le ha negado hasta la facultad de heredar; y por no retractarse de cuanto había manifestado, coronó su obra con este pensamiento: *A falta del marido ó los parientes, la sociedad debe garantizar la existencia material de cada mujer.*

¡Brava ocurrencia! la mujer tiene que apelar al matrimonio para defenderse de la miseria, ¿y si no encuentra marido?; la

mujer tiene que ser mantenida por sus parientes, ¿y si son pobres?; la mujer tiene que ser protegida por la sociedad, y ¿quién establecerá esas leyes de protección?, el hombre, ya que tiene el mando; mas ¿quién responde del acierto y la moralidad de tales leyes? Hay protecciones que abruman, que son un suplicio; y el sexo femenino no puede menos de rechazar la protección que le ofrece el ilustre pensador. La mujer renuncia á tan noble, á tan inusitada generosidad, como renuncia al derecho del amor libre que para ella reclama el sabio Fourier, con el cual perdería todo prestigio al perder el pudor, que es en nuestro sexo como la fragancia en la flor.

En vez de inventar Augusto Comte nuevos cautiverios para la mujer, subordinándola á sus parientes ó á la sociedad, ¿por qué no inventa medios de remunerar mejor el trabajo femenino para que éste sea su escudo?

La mujer digna no quiere depender más

que del hombre á quien ama, ó del trabajo; del trabajo, que es la única dependencia que no envilece.

La escuela positivista parece esforzarse en querer demostrar á la mujer que no tiene personalidad, del mismo modo que los turcos se esfuerzan en convencerla de que no tiene alma, por cuya razón no entrará en el paraíso.

¿No os parece que la mujer no debía esperar ser tratada por Augusto Comte como la tratan los turcos?

Afirma el citado filósofo que la mujer carece de carácter é iniciativa; al Cardenal Mazarino parecíale lo contrario, tanto, que llegó á quejarse de la intervención de las mujeres en la política, pues hablando una vez con D. Luis de Haro, Ministro español, le dijo que envidiaba á los españoles porque sus mujeres sólo eran vanidosas, mientras que las francesas no se contentaban con lucir galas, sino que aspiraban á gobernar la nación. Tenemos tres damas, añadió, tan capaces de

gobernar tres reinos como de perturbarlos: la Duquesa de Longueville, la Princesa Palatina y la Duquesa de Chevreuse.

Por fortuna, contestó D. Luis de Haro, las españolas sólo piensan en gastar el dinero de sus maridos ó de sus amigos, pues si les diera por asociarse á nuestros negocios, lo estropearían todo, como lo hacen las francesas.

Nada tienen que agradecer las mujeres á la cortesía del Cardenal francés y del Ministro español, porque ambos fueron muy poco galantes al emitir su opinión acerca de ellas, á pesar de que han brillado tanto en España como en Francia, mujeres dotadas de gran civismo y de gran valor.

En el siglo xvi Catalina de Parnay y Ana de Rohan sostuvieron el sitio de la Rochela, centro de las fuerzas calvinistas, y prisioneras en el castillo de Niort, demostraron la misma energía de carácter que al defender la Rochela, pues sabido es

que á pesar de morirse de hambre no quisieron capitular.

Las francesas han tenido siempre afición á los negocios de Estado; muchas de ellas se distinguieron por su sagacidad en los asuntos diplomáticos.

En el siglo xvii, brillaron en Francia distintas mujeres por su habilidad política. La célebre Duquesa de Longueville fué heroína de la Fronda; la Duquesa de Montpensier, prima hermana de Luis XIV, conocida con el título de *Grande Mademoiselle*, manejó la espada con la misma facilidad que la pluma; anhelante de gloria se puso al frente de un ejército para defender á la ciudad de Orleans, arengó á la muchedumbre, logrando calmar á los descontentos y estableció la paz. Fué denominada *la Doncella de Orleans*, porque su valor despertó el recuerdo de Juana de Arco, que dos siglos antes había defendido aquella plaza. Refiérese que habiendo rechazado las proposiciones de casamiento hechas por un

hijo de la Reina de Inglaterra, cuando le hablaron á la Reina de las hazañas de la Duquesa de Montpensier, contestó: *es natural que haya salvado á la ciudad de Orleans cual Juana de Arco, habiendo empezado por rechazar á los ingleses.* Esta irónica agudeza fué muy celebrada.

Alzarse ostentando su poder en el mismo siglo, Madame de Maintenon, que avasalla nada menos que á Luis XIV, mientras que la Princesa de los Ursinos rige los destinos de España, siendo la consejera de María Luisa de Saboya, esposa de Felipe V, que domina al Rey, y éste á los españoles. Temístocles tenía razón al decirle á la compañera de su vida: *Mira, mujer, los atenienses mandan á los griegos, yo á los atenienses, tú á mí, y á tí nuestro hijo: por tanto, vete á la mano en tu autoridad, porque aquel manda en todos los griegos.*

Es indudable que en la Corte de un rey imperan las mujeres y en el de una reina los hombres. Aceptada tal verdad,

no debieran éstos haber promulgado la ley Sálica. Y no se crea que sólo la mujer amada ejerce influencia política, como la ejercieron la Duquesa de Etampes en Francisco I, Diana de Poitiers en Enrique II y Gabriela de Estrées en Enrique IV; la ejercen también la madre y la hermana, cual Blanca de Castilla en San Luis y Beatriz de Choiseul en el Ministro de Luis XV, la cual indujo á su hermano á rechazar la alianza política propuesta por la du Barry, favorita del Rey, suceso que ocasionó la caída del Ministerio.

Al referirse á las mujeres del siglo de Corneille y Racine que se distinguieron por su ingerencia en la política, no es posible olvidar á la nieta del *gran Condé*, la ilustrada Duquesa de Maine. Nadie se imaginaba al verla que encerrara un alma viril; su estatura era tan exígua, que tanto á ella como á sus hermanas, en vez de apellarlas *princesses du sang*, denominábanlas *poupées du sang*. Pero aquella

muñeca tenía alientos titánicos, y algo de su temple revela la divisa que adoptó. Consistía en una abeja, en torno de la cual estaban escritas estas palabras: *Piccola si, ma fa pur gravi le ferite...* que pueden traducirse de este modo: pequeña es la abeja, y sin embargo hace crueles heridas.

En el valle de Sceaux, donde fué visitada por La Bruyère, Descartes y Voltaire, se creó una pequeña corte, y daba fiestas tan brillantes que rivalizaron con las de Versalles. El papel de reina le fascinaba tanto, que lo estaba representando constantemente, sin dispensarles ni á sus amigos íntimos el tratamiento de *Alteza Serenísima*. Como Luis XIV concedió á sus hijos bastardos los mismos privilegios que á sus hijos legítimos, y se le vió alguna preferencia por el Duque de Maine, el hijo mayor de los que tuvo con la Montepan, la ninfa de Sceaux, creyó que su marido sería Regente del reino; viendo su inercia, tomó la iniciativa para crearse un

partido, mas su desengaño fué espantoso cuando se leyó el testamento de Luis XIV; que nombraba Regente al Duque de Orleans. Tramó una conspiración contra él, pero quince meses de destierro quitáronle las ganas de conspirar. Dolorosa fué la pérdida de sus esperanzas, porque tenía tan alta opinión de sí misma, y tanta fe en la superioridad que le daba su ilustre linaje, pues como César, se creía descendiente de Júpiter, que en una carta dirigida á su hermano el Duque de Borbón, se encuentran estos versos:

*Ce qui chez les mortels est une effronterie,
Entre nous autres demi dieux
N'est qu'honnête galanterie.*

La Duquesa de Maine era tan culta, su palabra tan elegante, que llegó á decirle Madame de Lambert: «Nuestra lengua no se perfecciona más que cuando vos la hablais ó cuando se habla de vos.»

Debo cortar toda digresión para ocuparme de las mujeres de la Revolución francesa, que es lo que me he propuesto,

demostrando que la mujer no carece de iniciativa ni está constituida en una especie de infancia eterna, según afirma Augusto Comte.

Estudiemos algunos de los grandes caracteres que brillaron en aquella época turbulenta, en el sexo femenino.



I

El amor es en la mujer el móvil de toda acción extraordinaria; por eso cuando la veais lanzarse al tempestuoso océano de la política, no dudeis va impulsada por el amor. Al amor de Mme. Staël hacia su padre, lo mismo que al afecto tranquilo y sereno, pero no por eso menos profundo, de madame Roland hacia su marido, débese el descubrimiento del genio político de estas dos mujeres.

Cuando la mujer penetra en un terreno que le ha sido vedado, lánzase á él con ímpetu; esto hizo que al convertirse estas